

REGLA 7.^a

Las obras póstumas publicadas por manos desconocidas ó poco seguras, son sospechosas de apócrifas ó alteradas.

La autoridad de un ilustre difunto poco sirve en semejantes casos: no es él quien nos habla, sino el editor, bien seguro de que el interesado no le podrá desmentir.

REGLA 8.^a

Historias fundadas en memorias secretas y papeles inéditos; publicaciones de manuscritos en que el editor asegura no haber hecho mas que introducir orden, limar frases, ó aclarar algunos pasages, no merecen mas crédito que el que se debe á quien sale responsable.

REGLA 9.^a

Relaciones de negociaciones ocultas, de secretos de estado, anécdotas picantes sobre la vida privada de personajes célebres, sobre tenebrosas intrigas, y otros asuntos de esta clase, han de recibirse con estrema desconfianza.

Si difícilmente podemos aclarar la verdad de lo que pasa á la luz del sol y á la faz del universo, poco debemos prometernos tocante á lo que sucede en las sombras de la noche y en las entrañas de la tierra.

REGLA 10.

En tratándose de pueblos antiguos ó muy remotos, es preciso dar poco crédito á cuanto se nos refiera sobre riquezas del pais, número de moradores, tesoros de monarcas, ideas religiosas, y costumbres domésticas.

La razon es clara: todos estos puntos son difíciles de averiguar; es necesario mucho tiempo de residencia, perfecto conocimiento de la lengua, inteligencia en ramos de suyo muy difíciles y complicados, medios de adquirir noticias exactas sobre objetos ocultos que brindan á la exageracion y en que por parte de los mismos naturales hay á veces mucha ignorancia, y hasta sabiéndolo, tienen mil y mil motivos para aumentar ó disminuir. Finalmente, en lo que toca á costumbres domésticas, no se alcanza su exacto conocimiento, si no se puede penetrar en lo interior de las familias, viéndolas como hablan y obran en la efusion y libertad de sus hogares (11).

CAPÍTULO XII.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL MODO DE CONOCER LA NATURALEZA, PROPIEDADES Y RELACIONES DE LOS SERES.

§ I.

Una clasificacion de las ciencias.

CONOCIDAS las reglas que pueden guiarnos para conocer la existencia de un objeto, fáltanos averiguar cuáles son las que podrán sernos útiles, al investigar la naturaleza, propiedades y relaciones de los seres. Estos, ó pertenecen al orden de la naturaleza, comprendiendo en él todo cuanto está sometido á las leyes necesarias de la creacion, á los que apellidaremos *naturales*; ó al orden moral, y los nombraremos *morales*; ó al orden de la sociedad humana, que

llamaremos *históricos* ó mas propiamente *sociales*; ó al de una providencia extraordinaria, que designaremos con el título de *religiosos*.

No insistiré sobre la exactitud de esta division; confesaré sin dificultad, que en rigor dialéctico se le pueden hacer algunas objeciones; pero es innegable que está fundada en la misma naturaleza de las cosas, y en el modo con que el entendimiento humano suele distinguir los principales puntos de vista. Sin embargo, para manifestar con mayor claridad la razon en que se apoya, hé aquí presentada en pocas palabras la filiacion de las ideas.

Dios ha criado el universo y cuanto hay en él, sometién-dole á leyes constantes y necesarias; de aquí el orden natu-ral. Su estudio podria llamarse filosofia natural.

Dios ha criado al hombre dotándole de razon y de liber-tad de albedrío; pero sujeto á ciertas leyes, que no le fuer-zan, mas le obligan: hé aquí el orden moral, y el objeto de la filosofia moral.

El hombre en sociedad ha dado origen á una serie de he-chos y acontecimientos: hé aquí el orden social. Su estudio podria llamarse filosofia social, ó si se quiere filosofia de la historia.

Dios no está ligado por las leyes que él mismo ha pres-crito á las hechuras de sus manos: en consecuencia puede obrar sobre y contra esas leyes, y así es dable que existan una serie de hechos y revelaciones de un orden superior al natural y social: de aquí el estudio de la religion ó filosofia religiosa.

Dada la existencia de un objeto, pertenece á la filosofia el desentrañarle, apreciarle y juzgarle; ya que en la acepcion

comun, esta palabra *filósofo*, significa el que se ocupa en la investigacion de la naturaleza, propiedades y relaciones de los seres.

§ II.

Prudencia científica y observaciones para alcanzarla.

En el buen orden del pensamiento filosófico entra una gran parte de prudencia, muy semejante á la que preside á la conducta práctica. Esta prudencia es de muy difícil ad-quisicion, es tambien el costoso fruto de amargos y repeti-dos desengaños. Como quiera, será bueno tener á la vista algunas observaciones que pueden contribuir á engendrarla en el espíritu.

OBSERVACION 1.^a

La íntima naturaleza de las cosas nos es por lo comun muy desconocida: sobre ella sabemos poco é imperfecto.

Conviene no echar nunca en olvido esta importantísima verdad. Ella nos enseñará la necesidad de un trabajo muy asiduo, cuando nos propongamos descubrir y examinar la naturaleza de un objeto; dado que lo muy oculto y abstru-so, no se comprende con aplicacion liviana. Ella nos ins-pirará prudente desconfianza en el resultado de nuestras investigaciones, no permitiéndonos que con precipitacion nos lisonjeemos de haber encontrado lo que buscamos. Ella nos preservará de aquella irreflexiva curiosidad que nos empeña en penetrar objetos cerrados con sello inviolable.

Verdad poco lisonjera á nuestro orgullo, pero indudable, ciertísima á los ojos de quien haya meditado sobre la cien-cia del hombre. El Autor de la naturaleza nos ha dado el

suficiente conocimiento para acudir á nuestras necesidades físicas y morales, otorgándonos el de las aplicaciones y usos que para este efecto pueden tener los objetos que nos rodean; pero se ha complacido al parecer en ocultar lo demás; como si hubiese querido ejercitar el humano ingenio durante nuestra mansión en la tierra, y sorprender agradablemente al espíritu al llevarle á las regiones que le aguardan mas allá del sepulcro, desplegando á nuestros ojos el inefable espectáculo de la naturaleza sin velo.

Conocemos muchas propiedades y aplicaciones de la luz, pero ignoramos su esencia; conocemos el modo de dirigir y fomentar la vegetación, pero sabemos muy poco sobre sus arcanos; conocemos el modo de servirnos de nuestros sentidos, de conservarlos y ayudarlos, pero se nos ocultan los misterios de la sensación; conocemos lo que es saludable ó nocivo á nuestro cuerpo, pero en la mayor parte de los casos nada sabemos sobre la manera particular con que nos aprovecha ó daña. ¿Qué mas? calculamos continuamente el tiempo, y la metafísica no ha podido aclarar bien lo que es el tiempo; existe la geometría, y llevada á un grado de admirable perfección; y su idea fundamental, la extensión, está todavía sin comprender. Todos moramos en el espacio, todo el universo está en él, le sujetamos á riguroso cálculo y medida; y la metafísica ni la ideología no han podido decirnos todavía en qué consiste; si es algo distinto de los cuerpos, si es solamente una idea, si tiene naturaleza propia, no sabemos si es un ser ó nada. Pensamos y no comprendemos lo que es el pensamiento; bullen en nuestro espíritu las ideas, é ignoramos lo que es una idea; nuestra cabeza es un magnífico teatro donde se representa el uni-

verso verdadero con todo su esplendor, variedad y hermosura; donde una fuerza incomprensible crea á nuestro capricho mundos fantásticos, ora bellos, ora sublimes, ora extravagantes; y no sabemos lo que es la imaginación, ni lo que son aquellas prodigiosas escenas, ni cómo aparecen ó desaparecen.

¡Qué conciencia mas viva no tenemos de esa inmensa muchedumbre de afecciones que apellidamos sentimientos! y sin embargo, ¿qué es el sentimiento? El que ama siente el amor, pero no le conoce; el filósofo que se ocupa en el exámen de esta afección, señala quizás su origen, indica su tendencia y su fin, da reglas para su dirección; pero en cuanto á la íntima naturaleza del amor, se halla en la misma ignorancia que el vulgo. Son los sentimientos como un fluido misterioso que circula por conductos cuyo interior es impenetrable. Por la parte exterior se conocen algunos efectos; en algunos casos se sabe de dónde viene y adónde va, y no se ignora el modo de disminuir su velocidad, ó cambiar la dirección; pero el ojo no puede penetrar en la oscura cavidad: el agente queda desconocido.

Nuestro propio cuerpo, ni todos cuantos nos rodean, ¿sabemos por ventura lo que son? Hasta ahora ¿ha habido algún filósofo que haya podido explicarnos lo que es un cuerpo? Y sin embargo, estamos continuamente en medio de cuerpos, y nos servimos continuamente de ellos, y conocemos muchas de sus propiedades, y de las leyes á que están sometidos, y un cuerpo forma parte de nuestra naturaleza.

Estas consideraciones no deben perderse nunca de vista, cuando se nos ofrece examinar la íntima naturaleza de una cosa, para fijar los principios constitutivos de la esencia.

Seamos pues diligentes en investigar, pero muy mesurados en definir. Si no llevamos estas cualidades á un alto grado de escrupulosidad, nos acontecerá con frecuencia el sustituir á la realidad las combinaciones de nuestra mente.

OBSERVACION 2.^a

Así como en matemáticas hay dos maneras de resolver un problema: una acertando en la verdadera resolución; otra manifestando que la resolución es imposible; así acontece en todo linage de cuestiones: muchas hay cuya mejor resolución es manifestar que para nosotros son insolubles. Y no se crea que esto último carezca de mérito, y que sea fácil el discernimiento entre lo asequible é inasequible: quien es capaz de ello, señal es que conoce á fondo la materia de que se trata, y que se ha ocupado con detenimiento en el exámen de sus principales cuestiones.

Es mucho el tiempo que se ahorra en habiendo adquirido este precioso conocimiento: pues en ofreciéndose el caso, como que se adivina desde luego si hay ó nó los datos suficientes para llegar á un resultado satisfactorio.

El conocimiento de la imposibilidad de resolver, es muchas veces mas histórico y experimental que científico; es decir que un hombre instruido y experimentado, conoce que una solución es imposible, ó que raya en ello á causa de su estrema dificultad, no porque pueda demostrarlo, sino porque la historia de los esfuerzos que han hecho otros y quizás de los propios, le manifiesta la impotencia del entendimiento humano con relacion al objeto. A veces la misma naturaleza de las cosas sobre las cuales se suscita la cuestion, indica la imposibilidad de resolverla. Para esto es ne-

cesario abarcar de una ojeada los datos que se han menester conociendo la falta de los que no existen.

OBSERVACION 3.^a

Como los seres se diferencian mucho entre sí en naturaleza, propiedades y relaciones, el modo de mirarlos, y el método de pensar sobre ellos han de ser tambien muy diferentes.

Imagínanse algunos que en sabiendo pensar sobre una clase de objetos, está ya trillado el camino para lograr lo mismo con respecto á todos, bastando para ello dirigir la atención á lo que se quiere estudiar de nuevo. De aquí es, que se oye en boca de muchos, y se lee tambien en uno que otro autor, la insigne falsedad de que la mejor lógica son las matemáticas, porque ellas comunican el hábito de pensar en todas materias con vigor y exactitud.

Para desvanecer esta equivocacion, basta observar que los objetos que se ofrecen á nuestro espíritu son de órdenes muy diferentes, que los medios de que disponemos para alcanzarlos nada tienen de parecido, que las relaciones que con nosotros los unen son desemejantes, y que en fin la experiencia está enseñando todos los dias que un hombre dedicado á dos clases de estudios resulta sobresaliente en la una, y quizás muy mediano en la otra; que en aquella piensa con admirable penetracion y discernimiento, mientras en esta no se eleva sobre miserables vulgaridades.

Hay verdades matemáticas, verdades físicas, verdades ideológicas, verdades metafísicas; las hay morales, religiosas, políticas; las hay literarias é históricas; las hay de razon pura, y otras en que se mezclan por necesidad la ima-

ginacion y el sentimiento; las hay meramente especulativas, y las hay que por necesidad se refieren á la práctica; las hay que solo se conocen por raciocinio, las hay que se ven por intuicion, y las hay de que solo nos informamos por la esperiencia; en fin, son tan variadas las clases en que podrian distribuirse, que fuera dificil reducir las á guarismo.

§ III.

Los sabios resucitados.

El lector palpará el fundamento de lo que acabo de esponer, y se desentenderá en adelante de las frívolas objeciones que podrá presentar el espíritu de sutileza y cavilacion, asistiendo á la escena que voy á ofrecerle, en la cual encontrará retratada al vivo la naturaleza de las cosas, y esplicada y demostrada á un mismo tiempo la importante verdad que deseo inculcarle.

Yo supongo reunidos en un vasto establecimiento un gran número de hombres célebres, los que resucitados tales como eran en vida, con los mismos talentos é inclinaciones, pasan algunos dias encerrados allí, bien que con amplia libertad de ocuparse cada cual en lo que fuere de su agrado. La mansion está preparada como tales huéspedes se merecen; un riquísimo archivo, una inmensa biblioteca, un museo donde se hallan reunidas las mayores maravillas de la naturaleza y del arte; espaciosos jardines adornados con todo linage de plantas, largas hileras de jaulas donde rugen, braman, aullan, silban, se revuelven, se agitan, todos los animales de Europa, Asia, Africa y América. Allí están Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Richelieu, Cristobal Colon, Hernan Cortes, Napoleon, Tasso, Milton,

Boileau, Corneille, Racine, Lope de Vega, Calderon, Molière, Bossuet, Massillon, Bourdaloue, Descartes, Malebranche, Erasmo, Luis Vives, Mabillon, Vieta, Fermat, Bacon, Keplero, Galileo, Pascal, Newton, Leibnitz, Miguel Angelo, Rafael, Linneo, Buffon, y otros que han trasmitido á la posteridad su nombre inmortal.

Dejadlos hasta que se hayan hecho cargo de la distribucion de las piezas, y cada cual haya podido entregarse á los impulsos de su inclinacion favorita. El gran Gonzalo leerá con preferencia las hazañas de Escipion en España, desbaratando á sus enemigos con su estrategia, aterrándolos con su valor, y atrayéndose el ánimo de los naturales con su gallarda apostura y conducta generosa. Napoleon se ocupará en el paso de los Alpes por Anibal, en las batallas de Cannas y Trasimeno; se indignará al ver á César vacilante á la orilla del Rubicon, golpeará la mesa con entusiasmo al mirarle cual marcha sobre Roma, vence en Farsalia, sojuzga el Africa, y se reviste de la dictadura. Tasso y Milton, tendrán en sus manos la Biblia, Homero y Virgilio; Corneille y Racine á Sófoles y Eurípides; Molière á Aristófanos, Lope de Vega y Calderon; Boileau á Horacio; Bossuet, Massillon y Bourdaloue, á San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Bernardo, mientras Erasmo, Luis Vives y Mabillon estarán revolviendo el archivo, andando á caza de polvorientos manuscritos para completar un testo truncado, aclarar una frase dudosa, enmendar una espresion incorrecta, ó resolver un punto de critica. Entre tanto sus ilustres compañeros se habrán acomodado conforme á su gusto respectivo. Quién estará con el telescopio en la mano, quién con el microscopio, quién con otros instrumen-

tos; al paso que algunos, inclinados sobre un papel cubierto de signos, letras y figuras geométricas, estarán absortos en la resolución de los problemas mas abstrusos. No estarán ociosos los maquinistas, ni los artistas, ni los naturalistas; y bien se deja entender que encontraremos á Buffon junto á las verjas de una jaula, á Linneo en el jardin, á Whatt examinando los modelos de maquinaria, y á Rafael y Miguel Angelo, en las galerías de cuadros y estatuas.

Todos pensarán, todos juzgarán, y sin duda que sus pensamientos serán preciosos, y sus fallos respetables; y sin embargo estos hombres no se entenderian unos á otros, si se hablasen los de profesiones diferentes; si trocáis los papeles, será posible que de una sociedad de genios hagais una reunion de capacidades vulgares, que tal vez llegue á ser divertida con los disparates de insensatos.

¿Veis á ese cuyos ojos centellean, que se agita en su asiento, da recias palmadas sobre la mesa, y al fin se deja caer el libro de la mano, exclamando, «bien, muy bien, magnifico?...» ¿Notais aquel otro que tiene delante de si un libro cerrado, y que con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos fijos, y la frente contraida y torva, manifiesta que está sumido en meditacion profunda, y que al fin vuelve derrepente en sí, y se levanta diciendo: «evidente, exacto, no puede ser de otra manera...?» Pues el uno es Boileau, que lee un trozo escogido de la carta á los Pisones, ó de las Sátiras, y que á pesar de saberlo de memoria, lo encuentra todavía nuevo, sorprendente, y no puede contener los impulsos de su entusiasmo; el otro es Descartes que medita sobre los colores, y resuelve que no son mas que una sensacion. Aproximadlos ahora y haced que se comuniquen

recíprocamente sus pensamientos; Descartes encontrará á Boileau muy frívolo, pues que tanto le afecta una imágen bella y oportuna, ó una espresion enérgica y concisa; y Boileau se desquitará á su vez sonriéndose desdeñosamente del filósofo que con su doctrina choca con el sentido comun, y tiende á desencantar la naturaleza.

Rafael contempla estasiado un cuadro antiguo de raro mérito; en la escena el sol se ha ocultado en el ocaso, las sombras van cubriendo la tierra, descúbrese en el firmamento el cuadrante de la luna, y algunas estrellas que brillan como antorchas en la inmensidad de los cielos. Descuella en el grupo una figura que con los ojos clavados en el astro de la noche, y con ademan dolorido y suplicante, diríase que le cuenta sus penas, y le conjura que le dé auxilio en tremenda cuita. Entre tanto acierta á pasar por allí un personage que anda meditabundo de una parte á otra; y reparando en la luna y estrellas, y en la actitud de la muger que las mira, se detiene, y articula entre dientes, no sé qué cosas sobre paralage, planos que pasan por el ojo del espectador, semidiámetros terrestres, tangentes á la órbita, focos de la elipse, y otras cosas por este tenor que distraen á Rafael, y le hacen marchar á grandes pasos hácia otro lado, maldiciendo al bárbaro astrónomo y á su astronomía.

Allí está Mabillon con un viejo pergamino, calándose mil veces los anteojos, y ora tomando la luz en una direccion, ora en otra, por si puede sacar en limpio una linea medio borrada, donde sospecha que ha de encontrar lo que busca; y mientras el buen monge se halla atareado en su faena, se le llega un naturalista pidiéndole que disimule,